PEDIR CON INSISTENCIA Y CON FE



EN EL MONTE ALTO DE LA ORACIÓN

Para reflexionar en el silencio interior

P. Gustavo Eugenio Elizondo Alanís



«¿Creen acaso que Dios no hará justicia a sus elegidos, que claman a él día y noche, y que los hará esperar? Yo les digo que les hará justicia sin tardar. Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿creen que encontrará fe sobre la tierra?» (Lc 18, 7-8).

Madre nuestra: la parábola del juez injusto que hoy meditamos nos enseña la importancia de pedir a Dios con insistencia y con fe todo lo que necesitamos, con la confianza de que Él sí hará justicia sin tardar.

También nos hace reflexionar sobre "los tiempos de Dios", ya que puede suceder que no recibamos lo que pedimos a la brevedad que nos gustaría, en "nuestros tiempos". Y también puede suceder que no recibamos exactamente lo que pedimos, sino otra cosa, que incluso nos cuesta entender.

En ambos casos debemos estar seguros de que Dios nos concede sus favores antes, más y mejor de lo que pensamos que necesitamos,

porque Él sí sabe muy bien qué es lo que realmente necesitamos, y cuándo lo necesitamos. Dios es omnisciente. Como un buen padre, no nos dará nunca lo que no nos conviene.

Y si ya sabe lo que necesitamos, ¿para qué pedir? Precisamente eso es lo que necesitamos: fe, confianza en Dios, humildad, amor, y muchas otras virtudes que ejercitamos cuando nos ponemos en manos de Dios y le pedimos no solo algo para nosotros mismos, sino que pensamos en los demás, hacemos oración de intercesión, tan agradable a Dios.

Madre de Dios, tú eres la Omnipotencia suplicante, la medianera de todas las gracias. Ponemos en tus manos nuestras peticiones, para que lleguen a Dios con el perfume de tu amor.

Hijo mío: vamos a meditar sobre la justicia de Dios.

Dios es justo y misericordioso. Es Padre providente y bondadoso. Le hace justicia a los que claman a Él día y noche, porque sabe que Él, que es perfecto, los creó imperfectos.

Él, que es misericordioso, los creó miserables, para perfeccionarlos y llenarlos de su misericordia, y así expresarles su infinito amor.

Porque Dios creó a los hombres para amarlos y para hacerlos partícipes de ese amor misericordioso que todo lo espera, que todo lo perdona.

Medita las palabras del Evangelio cuando el Señor dice que es necesario pedir, y los anima a insistir, clamando al cielo día y noche, esperando las gracias que Dios les concede a aquellos que elevan su mirada hacia Él, que le piden porque creen en Él, en su bondad y en su poder.

El Señor presenta la oración como una necesidad que tiene la humanidad para recibir lo que Dios les quiere dar.

Pero ¿qué acaso Dios tiene que esperar a que le pidan?

¿Qué acaso no conoce los corazones y sus necesidades desde antes de que se lo pidan?

Así es que no es Él quien necesita que le pidan para saber qué necesitan. Son los hombres lo que necesitan pedir, porque deben su corazón abrir para recibir.

El Señor envía gracias en abundancia todo el tiempo, pero no hay muchos corazones bien dispuestos a escuchar y a recibir lo que Dios les quiere dar.

Cuando el hombre se siente necesitado de Dios, cuando se da cuenta que la humanidad tiene un límite, y que hay cosas –especialmente las más importantes–, que el dinero no puede comprar, y a las que la inteligencia del hombre no puede llegar; y a las que ningún hombre, por más poderoso que sea, puede aspirar, entonces reconoce el hombre que lo que puede hacer es orar.

Y si clama al cielo día y noche, pidiendo con insistencia lo que necesita, tiene la esperanza de que Él lo escuchará y lo hará. Pero, en esa esperanza, abre su corazón con ansias, dispuesto a recibir lo que el Señor le quiera dar, suplicando, como un mendigo, a quien sabe que puede y quiere darle.

Y aunque no se sienta digno de ser por Dios amado, apela a su justicia divina, porque se da cuenta y reconoce que la creatura depende de su Creador, y eso glorifica a Dios. Y quien glorifica a Dios, se ve colmado de su justicia y de su misericordia.

Yo te animo, hijo mío, a pedir cada día a Dios lo que necesitas, orando por ti, e intercediendo por los demás, para que reciban aquello que necesitan.

La oración de petición perfecta es la oración que les enseñó Jesucristo el Señor: el Padre nuestro. Rézalo, y agradece, para que muestres al Señor tu fe, sabiendo que antes de que tú le pidas, Él ya te ha concedido lo que necesitas. Y si no te lo da como tú lo pides, ten por seguro que te dará algo mejor.

Yo te aconsejo que, antes de pedir cualquier cosa, pidas a Dios que aumente tu fe, porque, aquel que pide a Dios con fe, el Señor le da cosas maravillosas, le da poder de mover montañas, porque el Señor se glorifica en los que creen en Él.

¡Muéstrate Madre, María!

(*En el Monte Alto de la Oración,* n. 151)

OTRAS ORACIONES Y REFLEXIONES

La Compañía de María
Madre de los Sacerdotes